

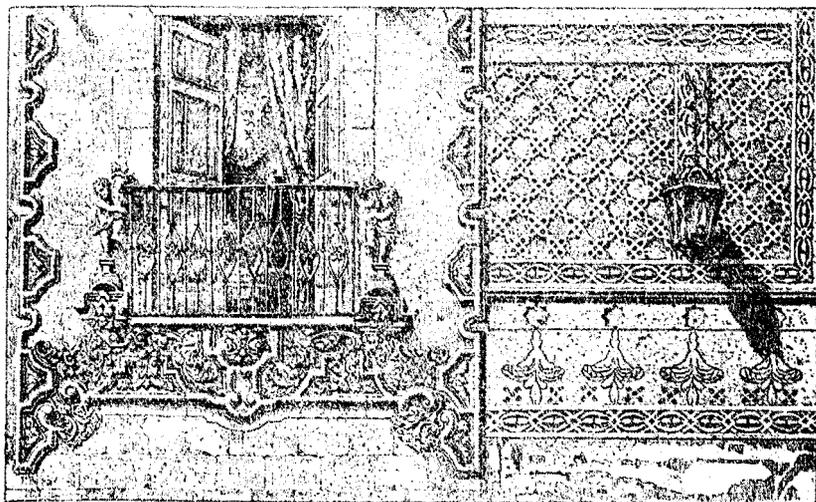
LA CASA COLONIAL

POR

Manuel Romero de Terreros

MARQUÉS DE SAN FRANCISCO

ANALES, T. V.—22.



Una de las cosas que más llamaron la atención de un sabio viajero, a principios del siglo XIX, fué la riqueza y hermosura de esta Capital, a la cual calificó *ciudad de los palacios*, no por sus edificios públicos, que en realidad eran pocos, sino por las suntuosas moradas de la aristocracia de aquellos tiempos.

Y en verdad tuvo razón el Barón de Humboldt, puesto que si paseamos por el México viejo, nos encontramos a cada paso con vetustos caserones que nos hablan de la grandeza de sus antiguos dueños. Por supuesto que estos palacios hállanse en la actualidad adaptados a usos modernos y, por lo tanto, mutilados, pues parece ser axioma de esta edad que lo que es útil no puede ser bello. Así es que encontramos que las antiguas fachadas muestran ahora todos los adefesios necesarios para pertenecer a una ciudad del siglo XX.

Pero por más que ha hecho el vandalismo moderno para ocultar la grandeza de estas casas, quedan aún vestigios de ella.

Construídas casi todas de rojo *tezontle*, con adornos de *chiluca* primorosamente labrada, presentaban un aspecto sobremanera rico y pintoresco, y si a esto se añade que algunas lucían, además, multicolores azulejos, el conjunto, herido por los rayos del sol de México, no podía menos que cautivar el corazón del que venía de los países nebulosos y fríos de la vieja Europa.

* * *

A la caída de la antigua Tenochtitlán, impusiéronse los compañeros de Cortés la tarea de reedificar la ciudad conquistada; pero, atendiendo sólo a la más urgente necesidad, no presentaron sus primeros edificios ninguna belleza arquitectónica, a pesar de estar floreciente en España el hermoso estilo plateresco, sino solamente la tosquedad, la sencillez y sobre todo la fuerza.

A la vez que moradas, construyéronse los conquistadores fortalezas, ostentando en casi todos los casos fuertes torreones o baluartes en los ángulos, para su mejor defensa en un caso dado. Conservaron este carácter por algún tiempo: don Francisco Cervantes Salazar, autor de los interesantes «Diálogos latinos,» cuya publicación debemos al erudito don Joaquín García Icazbalceta, hablando del aspecto de la ciudad en 1554, hace decir a Alfaro:

«Según su solidez, cualquiera diría que no eran casas, sino fortalezas.»

A lo cual contesta Zuazo:

«Así convino hacerlas al principio, cuando eran muchos los enemigos ya que no se podía resguardar la ciudad, ciñéndola de torres y murallas.»¹

La misma obra nos enseña que algunas casas, como la de Cortés, tenían en la parte superior un corredor abierto, o mirador, y todas las principales, los escudos de armas de sus dueños, encima de los zaguanes.

Con el maravilloso progreso de la Colonia, fuese dulcificando, por decirlo así, el aspecto arquitectónico de la Ciudad de México, dando cabida en los edificios de los siglos XVI y XVII al estilo *barróco*; y en los del XVIII al de *Churriguera*, modificación de aquél. En ambos estilos «la línea recta se interrumpe, dice Revilla,² se rompen los entablamentos y frontones, se dan variadas curvas a los arcos y dinteles, se adornan los entrepaños, etc.; mas si en el primero se conserva la columna, aunque de fuste retorcido e historiado; si aun suelen quedar sin decorar los entrepaños, y permanecen todavía los perfiles rectos, en el segundo la columna y el anta se truecan en pilares cubiertos de adornos, los entrepaños todos se decoran, las líneas se rompen hasta lo infinito, y la escultura, en fin, pasa a ser porción integrante del edificio como miembro decorativo.»

Según el mismo autor, el siglo XVIII fué el de mayor lustre para la arquitectura en México. «Conclúyense durante él, dice, antiguos edifi-

¹ *García Icazbalceta*. México en 1554.—México, Andrade y Morales, 1875. Diálogo 2.

² *Revilla*. El Arte en México en la época antigua y durante el gobierno virreinal.—México, Oficina de la Secretaría de Fomento. 1893.



Casa en la calle de Capuchinas.





Casa del Conde de la Torre de Cossío.





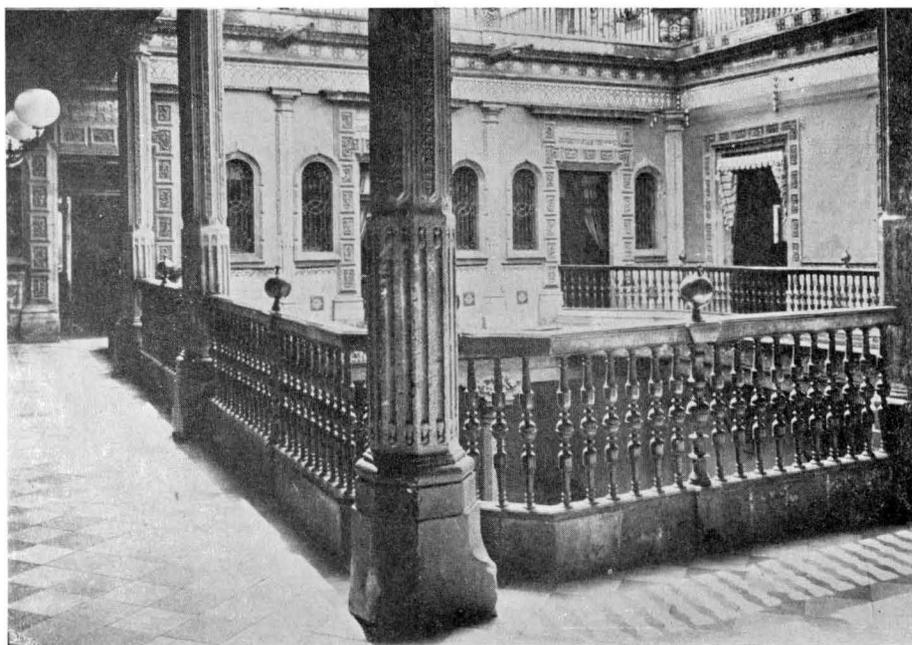
Fuente del patio principal del Jockey-Club.





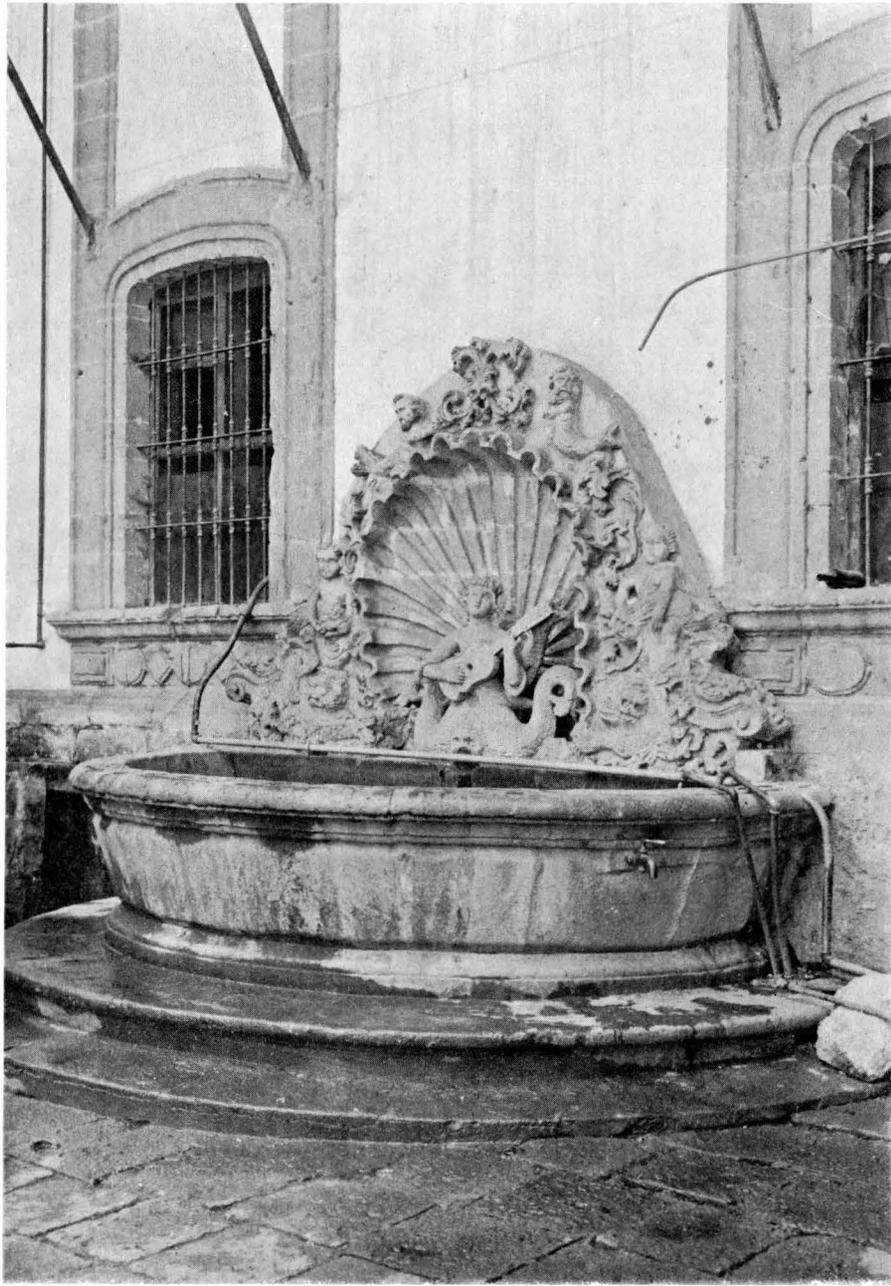
Casa de los Condes de Santiago.—Puerta principal.





Corredores de la planta alta de la casa de los Condes del Valle de Orizaba
y de la de los Condes de Santiago.



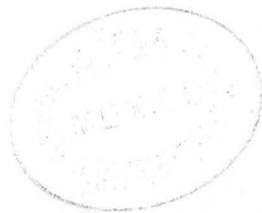


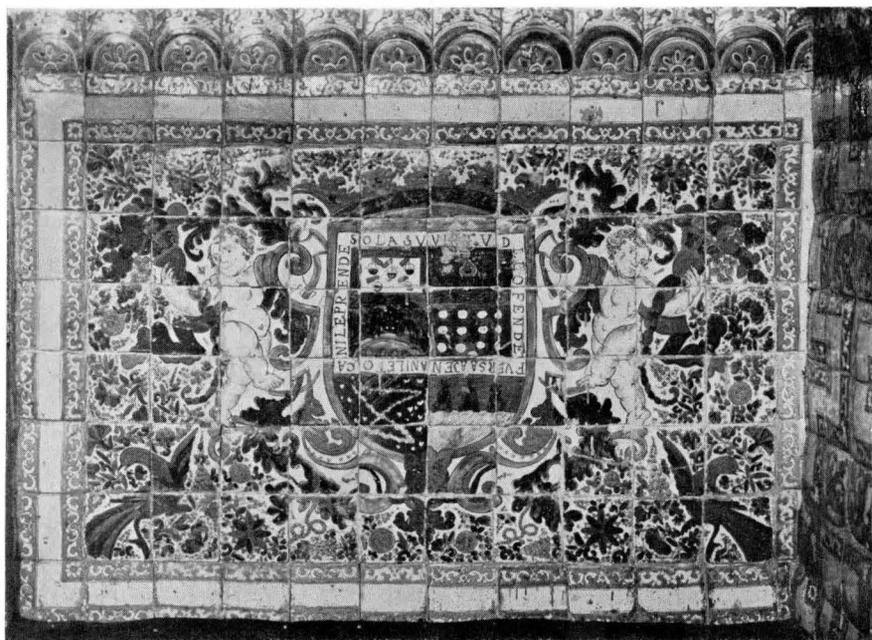
Casa de los Condes de Santiago.—Fuente del patio. - 4944





Casa de los Condes de Santiago.—Portada del Oratorio.
(Estado actual.)





Segundo tramo de la escalera de honor de la casa de los Condes del Valle de Orizaba, y lambrín de azulejos de la misma, con las armas de los Vivero, Calderón, Mendoza y Luna.





Muebles coloniales de la colección de D. Rafael de Cervantes.



cios de larga fecha comenzados, reedifican o se levantan otros, y aparece en casas, palacios o iglesias un estilo en que la simetría es observada con laxitud y la ornamentación se ostenta profusa o recargada.»

Las casas, pues, que quedan en pie del México viejo son casi todas del siglo XVIII, y al describirlas, debe tenerse por entendido, generalmente hablando, que nos referimos a esta época.

* * *

La más importante de los tiempos coloniales era, sin duda, la de los Condes de Santiago de Calimaya, tanto por su belleza, cuanto por ser dichos próceres los primeros del Virreinato, después de los Cortés. Así como el Marqués del Valle de Oaxaca era denominado por antonomasia «el Marqués,» el Conde de Santiago era conocido simplemente por «el Conde.»

Esta hermosa casa, situada en la esquina de las calles de Jesús y Parque del Conde, se halla en la actualidad bastante deteriorada en el piso bajo, llena de tiendas y bodegones antiestéticos, pero se conserva en regular estado su primer piso. Su construcción es de *tezontle*, la cual describe un autor como «piedra roxa, que se da en estas inmediaciones, a quien, parece, crió destinadamente la providencia para la subsistencia de los Edificios, acomodandose a este terreno, pues siendo muy ligera, y porosa, es a el mismo tiempo fuertissima.»¹ El adorno de puertas y balcones consiste en «molduras poco salientes que siguen el contorno de los huecos y se prolongan hacia arriba, en sentido vertical, hasta tocar con las moletas y cornisas, y éstas se emplean a manera de cejas o capelos, sobre los vanos.»² Estos caracteres de *tezontle* y *chiluca* son comunes en casi todas las casas coloniales, en muchas de las cuales el primero tiene adornos en relieve de cruces, monogramas de Jesús y de María, y otros signos piadosos. La casa del Conde de Santiago es de estilo *barroco*, como lo demuestra su hermosa portada, coronada un tiempo por el escudo de armas de la casa,³ dentro del marco que hoy vemos vacío y sin objeto. La desaparición de este blasón, como la de todos sus congéneres, se debió al decreto del Gobierno, de 2 de mayo de 1826, que ordenó fuesen destruídos por los dueños de edificios, coches y otros muebles de uso público, los escudos de armas, bajo el pretexto de que recordaban la dependencia de México de Es-

¹ *Anales del Museo Nacional*. Tomo V. Julio y agosto, 1913. «Exacta descripción de la Magnífica Corte Mexicana. Su autor D. Juan Manuel de San Vicente.» (1768.)

² *Revilla*. Obra citada.

³ Consérvalo aún el Lic. D. Antonio Cervantes, dueño de la casa, pintado en una plancha de cedro, que embona exactamente dentro del marco de piedra. Era una excepción a los demás escudos que, por regla general, esculpíanse en las fachadas.

pañía, como si por este hecho se pudiese borrar de la historia. Tan absurda disposición restó a varios edificios un motivo de ornamentación bellísimo. Afortunadamente el vandalismo no llegó a demoler la hermosa puerta del zaguán de la casa de Santiago, cuyas hojas ostentan, en una maravilla de tableros tallados, trofeos de guerra y las armas de los Altamirano de Velasco (varonía de los Condes), y sus alianzas los Castilla y Mendoza, blasones que se repiten, como veremos más adelante, en el patio.

En la esquina del basamento está empotrada una enorme cabeza de sierpe, de piedra, que en un tiempo fué deidad azteca; pero, más que todo, son de notarse las gárgolas en forma de cañones, privilegio de los que ejercían el cargo de Capitán General, teniendo derecho a ellas el Conde de Santiago por el título de *Adelantado de las Islas Filipinas*.

«Una de las prerrogativas que el Conde de Santiago disfrutó —dice el Dr. Marroqui,—¹ fué la de tener en su casa guardia a su costa, y la tuvo por muy dilatados años; mas, después de haber mediado el siglo pasado, don Ignacio Leonel Gómez de Cervantes, que poseía el título, la suprimió, y para conservar la memoria de ese privilegio, el año de 1780, que reedificó las casas en el estado que se hallan, mandó poner en el pretil de la azotea unos soldados de piedra con casco y lanza, y que las canales tuviesen la forma de piezas de artillería, pagando por esto una pensión a las cajas reales.»

Los «soldados de piedra» eran todos de busto, con excepción del de la esquina, que era de cuerpo entero; y cuando se quitaron por orden del Gobierno, fueron enterrados en el patio de la casa. Es de notarse que el antiguo palacio de la Real Audiencia de Guadalajara (hoy del Gobierno del Estado de Jalisco) tenía idénticos adornos de soldados y cañones.

También en forma de cañones, aunque sin ruedas, tiene sus gárgolas la casa, en la legendaria calle de *Don Juan Manuel*, que perteneció al Conde de la Torre de Cossío, por haber sido este personaje Gobernador de las Islas Filipinas; y realza su belleza un mirador revestido de azulejos. Contigua a esta casa hállase la que en un tiempo fué de los Condes de la Cortina, y en la cual nacieron los eximios literatos Conde de ese título y Marqués de Morante.

Estos miradores que se ostentan generalmente en las esquinas de las antiguas casas señoriales, son un recuerdo de los baluartes, que, como hemos dicho, erigieron los conquistadores y primeros pobladores de México, para que sirvieran de defensa en aquellos azarosos tiempos. Quizá los más hermosos ejemplares que hoy quedan son los que se hallan en las esquinas de las calles del Indio Triste y de la Moneda, propiedad que fueron del Mayorazgo de Guerrero.

¹ «La Ciudad de México.»

Los nichos constituían otro favorito motivo de ornamentación, sobre todo en las casas de las esquinas. Adornados siempre con labrados *barrocos* o *churriguerecos* e incrustaciones de azulejos, hacían muy pintoresco contraste con los muros de obscuro *tezontle*. Muchos de ellos quedan aún diseminados por la antigua ciudad, ostentando en sus cúspides el signo de nuestra redención, y cobijando la estatua de algún santo, testimonio de la piedad de aquellos tiempos.

Los que ejercían cargos militares de importancia, los oidores, y otros próceres, solían ornar los coronamientos de sus casas con almenas, como se ven aún en el Palacio Nacional, en la casa de los Condes de Miravalle, (hoy Hotel del Bazar), y en la de los Mariscales de Castilla, esquina de las calles de Hombres Ilustres y Puente de la Mariscalá; y otros con «áticos en forma de arcos invertidos, en cuyos remates se colocan airosos estípites.» Tales ornamentos ostentan dos casas en la calle de Capuchinas, la primera junto al Banco Nacional y la otra en la acera sur, la cual perteneció al Conde de San Bartolomé de Xala. En el arco que sostiene el corredor principal del patio de esta casa, se halla una inscripción entrelazada y abreviada que dice: «Se acabó en 31 de Julio de 1764 años. La hizo D. Antonio Rodríguez de Soria y el Maestro D. Lorenzo Rodríguez.»

*
* *
*

La colonial familia de Vivero, descendiente de aquel don Alonso Pérez de Vivero a quien arrojó desde una ventana el famoso Condestable de Castilla, don Alvaro de Luna, poseía inmensas propiedades que, con el tiempo, se convirtieron en el Condado del Valle de Orizaba, y era una de las principales de la sociedad del Virreinato. Enlazada posteriormente con la de Suárez de Peredo, adquirió la casa que en la calle de San Francisco miraba, al sur hacia el Convento grande de la Orden, y al poniente, a la Plazuela de Guardiola, llamada así por tener allí su palacio el Marqués de Santa Fe de Guardiola, reedificado en tiempos modernos para la familia Escandón y conocido por *la casa de los leones*.

Establecieron allí, pues, su casa los Condes del Valle de Orizaba y uno de ellos, según refiere don Luis González Obregón, tenía por hijo a un cavallero que valía por veinte. Derrochador como pocos, causaba frecuentes disgustos a su padre, quien, en cierta ocasión, convencido de que los excesos del joven pronto darían al traste con la fortuna que él le legaría, exclamó:

—¡Nunca harás casa de azulejos, hijo mío! ¹

¹ *México viejo*. Cap. XX. «La Casa de los Azulejos.»

Mas he aquí, que esta frase del Conde hirió gravemente el amor propio de su hijo, y desde ese día empezó éste a cambiar de vida, decidido a dar un mentís a la profecía de su padre. Así fué en efecto: andando el tiempo, construyó la casa que hoy vemos, revistiéndola de azulejos que, se dice, fueron fabricados expresamente en China, aunque está prácticamente probado que no lo fueron sino en Puebla. ¹ Lo que sí se fabricó en China o en el Japón fué el hermoso barandal de bronce de los balcones y corredores. Los azulejos, ² cuyo origen, como se sabe, es oriental, fueron introducidos en España por los árabes, quienes a su vez los tomaron de los persas; de manera que la fachada de esta casa, revestida de ellos en dibujos geométricos, en azul, blanco y amarillo, la hacen del estilo *mudéjar*, aquel que prefirieron los moros conversos. La parte de cantera es *churriguera*.

Desde 1891 ocupa este edificio el *Jockey Club de México*, y cuando en 1905 se derribó el antiguo Teatro Nacional para prolongar hasta la de Santa Isabel la calle del Cinco de Mayo, se construyó la fachada posterior de la casa, igual, con ligeras modificaciones, a la del frente, revistiéndose con azulejos muy bien imitados de los antiguos, lo mismo que la fachada que da al callejón de la Condesa, llamado así por una de las del Valle de Orizaba. Por cierto que esta calle fué escena de un suceso digno de mencionarse. Habiendo entrado, cierta vez, por sus extremos, dos hidalgos, cada uno en su coche, y encontrándose en medio, como la estrechez de la vía no permitía que se cruzaran y ninguno quería retroceder por no deslustrar su nobleza, permanecieron frente a frente en sus carruajes tres días con sus noches, hasta que el Virrey, enterado del caso, ordenó que ambos retrocedieran a un mismo tiempo hasta salir por donde habían entrado. ³

* * *

En la misma calle de San Francisco está el hoy llamado *Hotel Iturbide*, por haber residido en él algún tiempo el infortunado primer Emperador de México. Esta hermosa casa se labró con gran derroche de lujo porque, según se cuenta, su dueño, el Conde de San Mateo de Valparaíso, deseaba que no pasara su fortuna a manos del pretendiente de su hija, derrochador consumado, y al efecto, decidió invertirla en la construcción del edificio, encargando al arquitecto a quien la encomendó, que no se parara en

¹ Barber, *Edward Atlee*. The Maiolica of Mexico. Philadelphia, 1908.

² Según Barber, se fabricaron en Puebla desde 1575.

³ González Obregón. Obra citada.

gastos ¹ Llama la atención por ser la más alta quizás de las casas coloniales, por las esculturas de los dos hombrones que coronan su puerta principal y por los adornos rococó de sus entropaños, así como por el mirador del último piso.

Del mismo dueño que la anterior fué la que ocupa hoy el Banco Nacional de México. Se nota en ella cierta influencia plateresca, pero amenuada por las líneas curvas que disminuyen un tanto la dignidad del edificio. ² Quién fué su arquitecto nos lo dice una inscripción que se halla en uno de los arcos del patio:

«Se hizo esta Obra y Costeo el Sr. Dn. Miguel de Berrio y Zaldivar Conde de Sn. Matheo Balparaisso del Consejo de su Majestad en el Real y Supremo de Hacienda y Contador Decano Jubilado del Real Tribunal y Audiencia de Cuentas de este | Reyno A Dirección Del Vedor i Maestro Don Francisco de Guerrero y Torres. Se acabó Ao. de 1771.» La esculera de esta casa es notable por ser de rampas dobles, en espiral, que ocupan el mismo cubo y desembocan en lados opuestos.

Es lástima que en lugar de haber sido raspada la fachada para que luciera el *tezontle* de que está construída, se la haya revestido de una capa de mezcla pintada de aceite.

* * *

En ninguna se esmeró tanto el cincel de los canteros como en la del Conde de Casa de Heras Soto, situada en la esquina de las calles de Manrique y la Canoa, ocupada actualmente por la Compañía de Express «Wells Fargo.» Los afligranados jambajes de sus puertas y balcones y el querubín que sostiene la canasta de fruta en el ángulo de la fachada, son verdaderas obras de arte churrigueresco, así como sus gárgolas y la balaustrada que la corona. Luciría mucho más si se descubriera el *tezontle*, como se ha hecho en la casa de al lado, que fué parte de ella. Del mismo dueño y obra del mismo cincel fué la casa en la Tlaxpana, conocida por la de *Mascarones*, y notable por sus singulares cariátides y su estilo netamente churrigueresco. Propiedad un tiempo de los Condes del Valle de Orizaba, hoy en día es domicilio del *Instituto Científico de San Francisco de Borja*. Desgraciadamente nunca fué concluída, quedando sin labrarse las pilastras del zaguán.

En muchos casos, cubríase la fachada de una casa con arabescos de estuco, que constitufan un hermoso motivo decorativo. Muestras de ellos

¹ *Revilla*. Obra citada.

² *Baxter, Sylvester*. Spanish-Colonial Architecture in Mexico. Boston. J. B. Millet, MCML.

nos proporcionan las fachadas en varias casas de las calles de la Monterrilla, y esquina de Don Juan Manuel, y una en la de las Escalerillas y Reloj; así como la antiquísima de don Pedro de Alvarado en Coyoacán. Pertenecieron las primeras al conquistador Jerónimo López, de manera que hay razón para suponer que aquel fué el gusto arquitectónico de los primeros pobladores de México.

Fuera de la capital de la antigua Nueva España construyéronse también hermosas casas, ornatos dignos de las ciudades coloniales. De ellas la más antigua es indudablemente la del adelantado don Francisco de Montejo, en Mérida, que ostenta una portada plateresca muy hermosa. Pero en donde más abundan las señoriales casas es en Puebla y Querétaro. En la primera ciudad, llaman la atención los edificios del gusto árabe y mudéjar, por el uso frecuente de azulejos —como la llamada «de Alfeñique,» cuya fachada ostenta azulejos blancos y azules sobre fondo rojo y mate,— y por los antepechos calados, al estilo de los de la casa de Pilatos en Sevilla. «Son asimismo característicos en las casas antiguas de Puebla, dice Revilla, los corredores volados atrevidos y airosos.»

En Querétaro la casa más digna de atención es la que perteneció al ilustre Marqués de la Villa del Villar del Aguila, notable por el herraje de sus balcones y su friso de azulejos. En ella admiramos, además, la extraña circunstancia de que el escudo de armas del dueño, en lugar de haberse esculpido sobre el zaguán, lo fuese en la misma línea de los balcones. Desgraciadamente sólo el manto de las armas se conserva, pues éstas han desaparecido al abrirse en su lugar una pequeña ventana.

* * *

Mutiladas muchas de estas coloniales fachadas, como hemos dicho, por las necesidades modernas, así como por la desaparición de escudos y canales, que eran de mucho efecto, su belleza, sin embargo, aumentada con la pátina del tiempo, se impone a los amantes del arte.

* * *

Pasando a su interior, admiramos en primer lugar sus hermosos patios, con pisos generalmente de recinto. Desde un principio fabricaron los españoles sus casas a manera de las de Sevilla, pues la benignidad del clima permitía que por los patios abiertos al cielo recibieran aire, luz

y sol, haciéndolas a la vez alegres y sanas. Algunas tenían jardines interiores.

El patio de la casa de los Condes de Santiago luce en tres lados hermosos corredores cuya arquería está adornada, en el piso superior, con gárgolas y canales y, en el bajo, con los blasones de la familia, como en los tableros del zaguán: los roeles de los Altamiranos, las aspas y los veros de los Velascos, la banda de los Castillas, y el «Ave María» de los Mendozas; mientras que en el cuarto lado se halla una artística fuente con peregrina escultura de una sirena cobijada con una concha, tocando la guitarra. La hermosa y amplia escalera ocupa buena parte del lado Norte del patio.

Las fuentes daban gran realce a los patios coloniales; pero ninguna tanto como la de la casa del Conde del Valle de Orizaba, tallada en piedra y con incrustaciones de azulejos, la cual, junto con las esbeltas columnas del patio, da al edificio un aspecto marcadamente oriental.

Los lambrines de azulejos que decoran sus corredores y monumental escalera, como en algunos palacios sevillanos, son un motivo decorativo de los más felices. De trecho en trecho se ven hasta hoy (aunque en algunos lugares tristemente mutiladas) las armas de los Condes, principalmente las tres peñas y fajas ondeadas de los Viveros, rematadas por las coronas floreadas que, como es sabido, usaba la nobleza española antes de que Felipe V introdujera las de forma francesa.

* * *

Fabricáronse estos azulejos, como se ha dicho, en la Puebla de los Angeles, en donde se introdujo la industria a fines del siglo XVIII.¹ Eran casi cuadrados, de unos 12-½ a 13 centímetros por lado, y ligeramente convexos para que pudieran usarse tanto en superficies planas, como en curvas. Variadísimos eran sus dibujos, en azul, blanco verde y amarillo; y los más corrientes, divididos en dos colores diagonalmente, prestábanse para formar dibujos geométricos de mucho efecto como pueden verse aún en varias cúpulas de templos.

* * *

Principal adorno de la escalera del hoy *Jockey Club de México* es una hermosa farola hábilmente combinada de dos tibores antiguos, japoneses, montados en bronce.

¹ Barber. Obra citada.

Al pie de esta escalera, el 4 de diciembre de 1828, día del motín de la Acordada, un tal Manuel Palacio, militar, con quien no permitía el Conde don Andrés Suárez de Peredo que tuviera relaciones su hija, acometió a puñaladas al prócer, dejándolo muerto sobre el primer peldaño.

*
* *

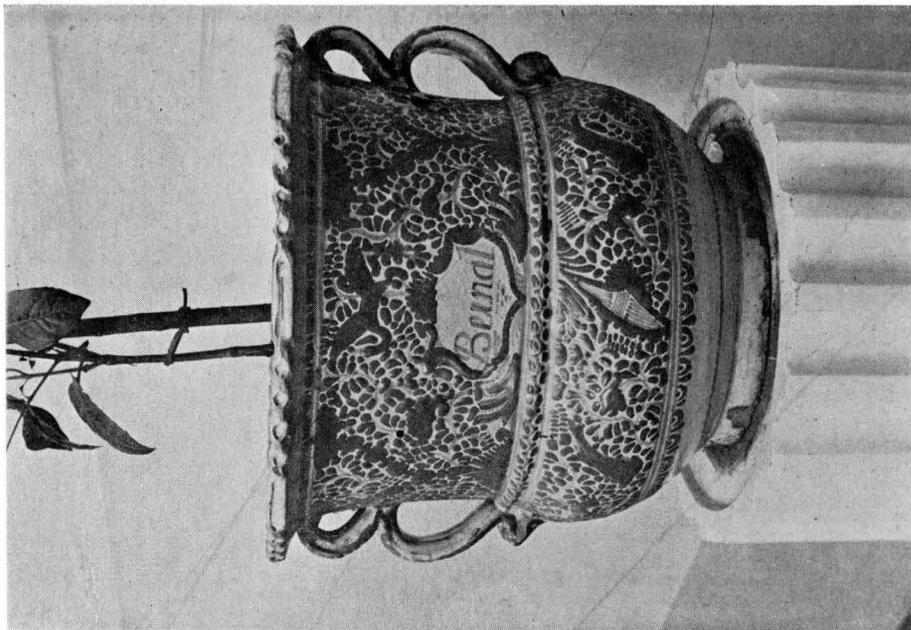
Otro patio digno de admirarse es el del Hotel Iturbide, por sus magníficas proporciones y la esbelta arquería de sus corredores.

*
* *

Poco interés presenta la planta baja de una casa colonial. Estaba destinada a la servidumbre, bodegas, cocheras y, en los segundos patios, a caballerizas. El entresuelo, a despachos y archivos en donde se guardaban, además de los papeles de familia, los títulos y cuentas de minas y haciendas. Para darnos mejor cuenta del piso principal, veamos un plano, teniendo presente que la distribución en todos era casi idéntica. He aquí la planta alta del palacio del Conde de Casa de Heras. Frente al zaguán arranca la escalera (en muchos casos con escalones de *chiluca* y peraltes de azulejos), que conduce a los corredores, a los cuales tienen acceso las principales piezas de la casa. La escalera, como hemos visto en la de los azulejos, solía lucir hermosos lambrines; y generalmente se adornaba con algún gran cuadro de asunto místico o con las armas de la familia en ricamente bordados reposteros. Los barandales de los corredores eran de hierro forjado o latón, y de ladrillo o mármol sus pisos. Cuando no estaban cerrados con vidrieras para formar galerías, adornábanse profusamente con plantas y flores en macetas chinas o de Puebla, que nada tenían que envidiar a las clásicas de Talavera de la Reina.

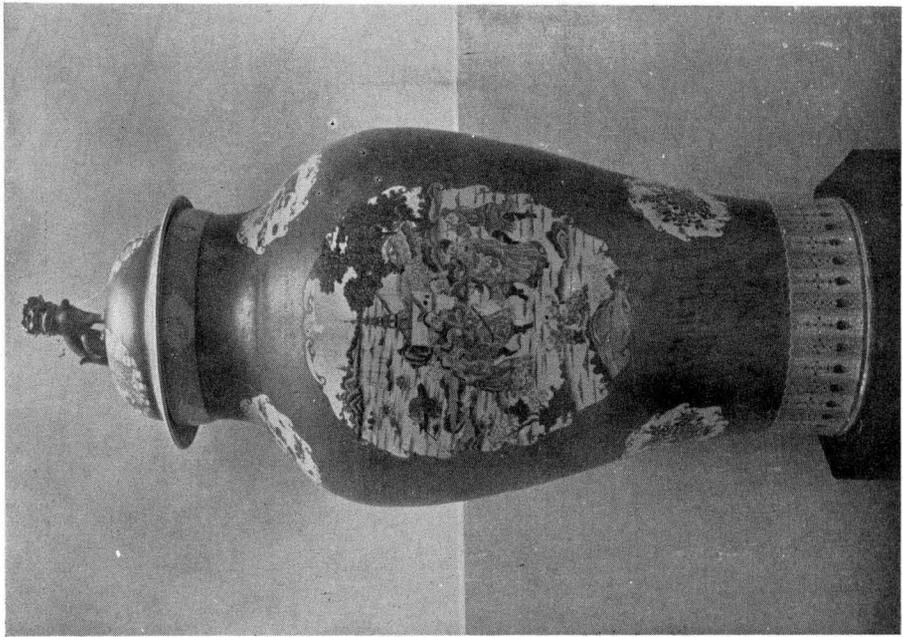
*
* *

En efecto, se supone que los padres dominicos trajeron consigo en 1526 algunos artesanos de Talavera y Santillana para implantar en Puebla una fábrica de porcelana; y ochenta años más tarde, Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana*, menciona que se hacían allí trastos para comer y beber; pero no fué sino hasta 1653 que las fábricas poblanas, tanto de porcelana como de azulejos, empezaron a producir hermosos ejemplares y alcanzaron cierta importancia, puesto que en ese año organizaron



Barril y maceta de talavera de Puebla.

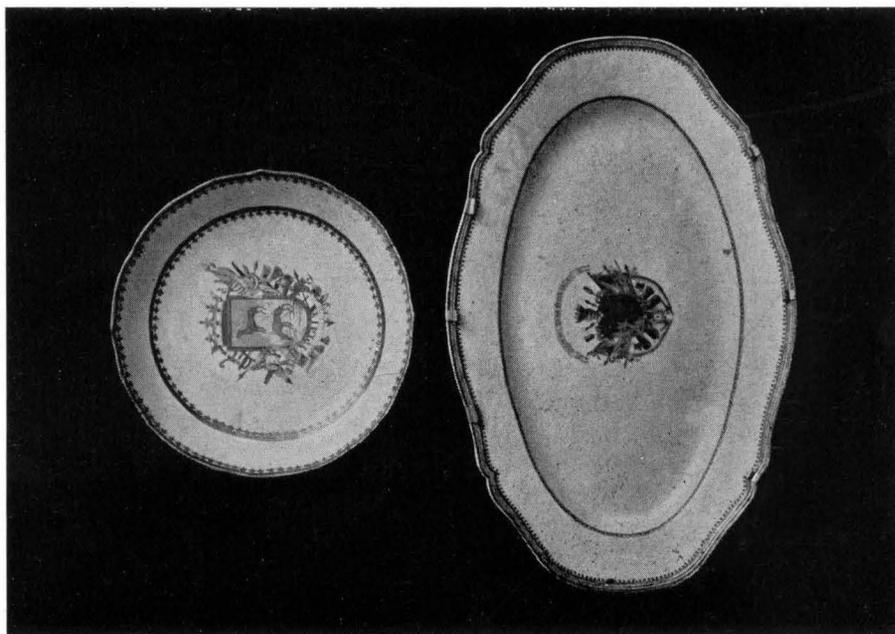
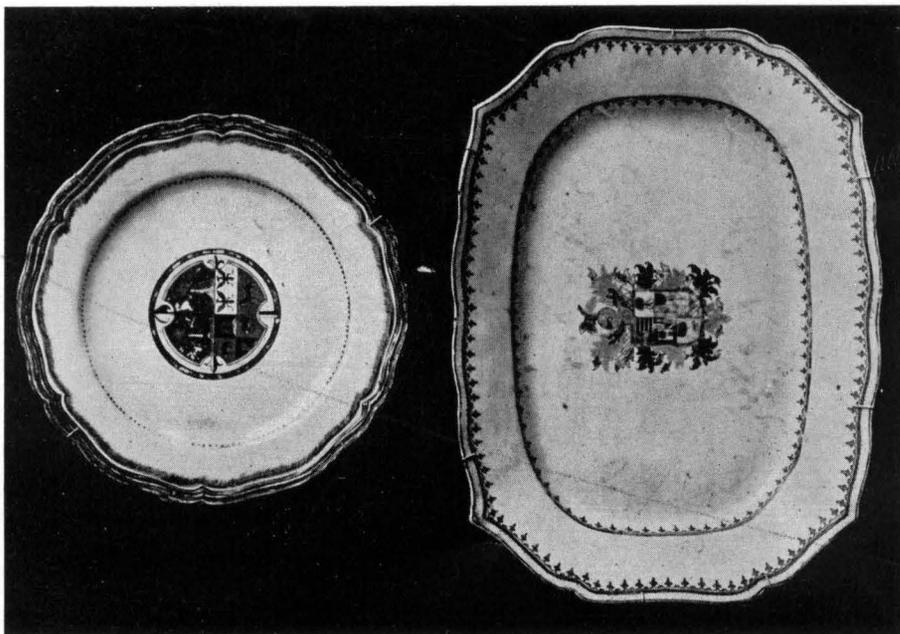




Tibores chinos de la colección de la señora Vinent de Martínez del Río. 5018

5019





Platos de la colección de don Rafael de Cervantes, procedentes de las vajillas de las familias Haedo y Cervantes, del Marqués de Selva Nevada y el Virrey don Matías de Gálvez.





5119



5120

Objetos de porcelana pertenecientes a la colección de la señora Vincent de Martínez del Río.



los alfareros una asociación para proteger sus intereses. Dos influencias predominaron en la cerámica de Puebla: la española, debido a los modelos talavereños; y la china, por la grande importación de objetos chinos que hubo en México, durante los siglos XVII y XVIII.¹ La industria que podemos llamar «Talavera de Puebla,» proporcionó para usos domésticos, además de macetas, gran número de lebrillos, platos, jarros, frascos y toda clase de objetos para el corredor, la cocina y la despensa. En los corredores coloniales, como hemos dicho, abundaban las macetas, y una especie de barriles, adornados muy a menudo con el nombre de su dueño. Eran generalmente azules y blancos, pero se encuentran también con amarillo y hasta con verde.

* * *

En las casas grandes había siempre un salón de recepción, o de *estrado*, como se llamaba, y en la de un título de Castilla, como ésta de cuyo plano nos ocupamos, otro, en el cual, sobre gradas y bajo dosel, a manera de trono, colocábase el retrato del monarca reinante, con un sitial debajo, pues tal privilegio tenía esta clase.

Lo que caracterizaba los salones de los palacios coloniales era la sobriedad con que se amueblaban, no faltando, sin embargo, la riqueza. Veamos cómo estaban puestos los de la casa del Conde de Regla, en la calle de San Felipe Neri.²

El *salón del dosel* medía aproximadamente siete metros de ancho por quince de largo; hallábanse tapizadas sus paredes con damasco rojo de Italia, con cortinajes, dosel y goteras de la misma tela, adornada con galones y flecos de plata; y el sitial era de caoba, forrado de terciopelo de seda carmesí, con guarniciones, clavos y perillas también de plata. De este mismo metal, y ricamente cincelado, era el marco del retrato de Carlos III, así como los de un gran espejo y diez láminas de la vida de Nuestro Señor y de la Virgen, y seis grandes pantallas con albortantes, que constituían el adorno de las paredes. Sobre la severa viguería de cedro resaltaban dos florones, también de plata cincelada, de los cuales pendían sendos candiles de lo mismo. La sillería, que se hallaba ordenada formalmente alrededor del salón, consistía de dos docenas de taburetes de laca blanca con molduras doradas y asientos de damasco carmesí; y completaban el mobiliario «dos tibores de loza de China de más de vara y media de alto» y «una mesa de caoba de dos varas de largo.»

1 Barber. Obra citada.

2 Inventarios para la testamentaría del 1^{er} Conde de Regla. México, 1781.—Mm. Ss. en mi poder.

Contiguo al salón del dosel se hallaba el *del estrado*, cuyos dos grandes balcones se cubrían con damasco pendiente de galerías de madera tallada y dorada, como el otro salón; pero el tapiz de éste era de terciopelo carmesí adornado con ancho galón y fleco de plata. Ocupaba el preferente lugar un gran Crucifijo de marfil sobre una cruz de ébano, con contoneiras, clavos, y potencias de plata, colocado bajo un baldaquín de terciopelo, cuyo remate y demás adornos eran del mismo metal. Debajo del Crucifijo y sobre una plataforma se hallaba el *estrado*, compuesto de un canapé de caoba con asiento de terciopelo, haciendo juego con treinta y seis taburetes. Pendían de las paredes diez pantallas y siete grandes espejos, todos con marcos de plata. Cubría el piso una «alfombra turquesa,» y a los lados de la puerta principal veíanse «dos tibores de pta. con sus tapas y Mesas en que están, de lo mismo, de más de vara y quarta de alto,» pesando en conjunto trecientos treinta y nueve marcos. Completaban el ajuar «dos medias mesas» o consolas de caoba y un reloj, cuya caja era de tres varas y media de alto, «ferrada de plta, calada y cincelada, con sus garras y almenas de lo mismo.»¹ El techo, florones y candeleros eran idénticos a los del salón del dosel.

La plataforma en que se colocaba el estrado estaba cercada, generalmente, con una barandilla, y cuando no, con una especie de biombo llamado *rodastrado*, de tela, laca o pintura.

No en todas las casas abundaba la plata como en la del Conde de Regla, ni aún los terciopelos y damascos. Cuando las paredes de un salón no estaban tapizadas de ese modo, solían serlo con «una colgadura de papel pintado forrado en lana de China,» como en la casa del Marqués de San Miguel de Aguayo.² Usábase también una manta con flores y otros adornos pintados sobre fondo dorado o plateado. Tal es el tapiz de la capilla doméstica del Colegio de Tepotzotlán. En algunos casos, hallábanse las paredes de un salón simplemente pintadas al temple, con lambrín de azulejos.

Casi todos los techos de las casas coloniales eran de hermosas vigas de cedro, sostenidas en sus extremidades por zapatas recortadas y a veces artísticamente labradas. Tanto éstas como aquéllas solían pintarse, a veces, de blanco, con perfiles de carmín o dorados. En contados casos había artesonados, y a fines del siglo XVIII empezaron a usarse los cielos rasos de manta, pintados al óleo con escenas mitológicas o de fantasía. Los pisos eran de ladrillo rojo, o «soleras maqueadas» con incrustaciones de azulejos, y las alfombras muy escasas, aunque algunas llegaban de Oriente, como la que se hizo expresamente para la Parroquia de Tax-

¹ Había muy buenos relojes en la Nueva España, de fabricantes franceses e ingleses, y cuyas cajas eran hermosas, de laca, madera tallada, esmalte o bronce.

² Inventarios Ms. en mi poder.

co; ¹ pero, en general, eran tan costosas que sólo las había en contadas casas.

Los cuadros, con pocas excepciones, eran de asuntos místicos y no siempre de gran mérito, pues la producción de valer de los artistas mexicanos estaba confinada a iglesias y conventos. A mediados del siglo XVIII empezaron a colgarse en las antesalas los retratos de familia, debidos al pincel de Nicolás Rodríguez Juárez, Morlete y Ruiz, Alfaro o Miguel Cabrera, siendo este último, al parecer, el favorito de la aristocracia. Algunos de estos retratos solían ser de verdadero mérito, pero la mayoría de ellos adolecían de graves defectos artísticos. No faltaba en la antesala un cuadro con las armas de la casa, pintado al óleo, así como el retrato del Virrey, del Arzobispo o de algún gran personaje amigo de la casa.

Después de los salones del dosel y del estrado, ocupaba preferente lugar en la casa colonial el oratorio. Situado cerca de aquéllos, con entrada por el corredor o la antesala, tenía casi siempre portada de piedra labrada, sobremontada por un nicho con la Virgen o un santo. ² La puerta solía ser de tableros tallados, y no pocas veces adornados con piecicillas de plata; y el altar, de madera dorada, como los de las iglesias. Pero el oratorio de la casa del Conde de la Regla tenía su altar de plata cincelada, llena de columnas, nichos y estatuas de magnífica labor; hallábase tapizado con «damasco carmesí de China, con dos cortinas y sus goteras de lo mismo» y cubierto casi en su totalidad por cuadros, nichos, crucifijos, patentes de hermandades, relicarios, ramilletes y demás, todo, por supuesto, de plata; y del «cielo, pintado en él el sol y la luna,» pendía un candil de plata cincelada. Riquísimos eran los vasos sagrados, y de plata las vinajeras, campanas, blandones, atriles, candeleros y demás. En cuanto a los ornamentos, inútil es decir que eran de las más ricas telas, adornados con galones de oro y plata, y los manteles y amitos con finísimos encajes.

Costumbre que hasta hoy se observa en muchas casas mexicanas es la de tener una «asistencia,» salón que por ser menos lujoso que el principal sirve para recibir a los familiares y personas de confianza, escribir, etc. La asistencia de la Condesa de Regla tenía, como casi todos los cuartos de esa casa, cortinas y rodastrado de damasco carmesí, y marcos de espejos y cuadros, pantallas y candil, de plata cincelada. Entre las numerosas imágenes de santos que adornaban la estancia, podemos citar:

«Un marquito de carey y evano, con sus sobrepuestos de plata, con

1 *Peñafiel*. «Ciudades coloniales. Estado de Guerrero.»

2 El oratorio de la casa de Santiago tiene esculpida en la parte superior de su portada la venera de la Orden de Carlos III.

Santa María Magdalena de marfil, y los azotes, resplandor, y cinto de oro, con esmeraldas y ruvies.»

Cubría el piso una alfombra azul y blanca, y eran los muebles «dos papeleritas pequeñas de dos cuerpos de caoba,» una consola de granadillo, veinte taburetes de la misma madera con asientos de damasco, una clave, y un biombo de diez hojas, con la «Historia de Lucinda y Velardo.»¹

* * *

Daba cabida la asistencia a la mayor variedad de muebles: canapés y sillas de respaldos altos, calados, marcadamente españoles; sillones de los llamados «fraileros;» clásicos varagueños; biombos y costureros de laca. En la casa de los Condes de Xala había «dos libreros de madera fina de China con cuatro vidrios y en ellos pintados los tiempos del año.» Los muebles de laca venían de China en la famosa nao que periódicamente arribaba al puerto de Acapulco; de allí se trasportaban a México a lomo de mula.

Además de crucifijos de ébano y marfil, abundaban en toda la casa estatuitas de vírgenes y santos, hechas por los Coras o Perusquías y vestidas con primor por las señoras de la familia. Principales entre estas esculturitas eran las figuras (muchas veces de plata) del «Nacimiento» que se erigía en Nochebuena, con los anacronismos de rigor.

* * *

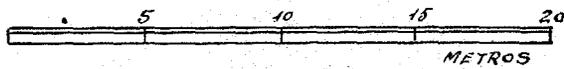
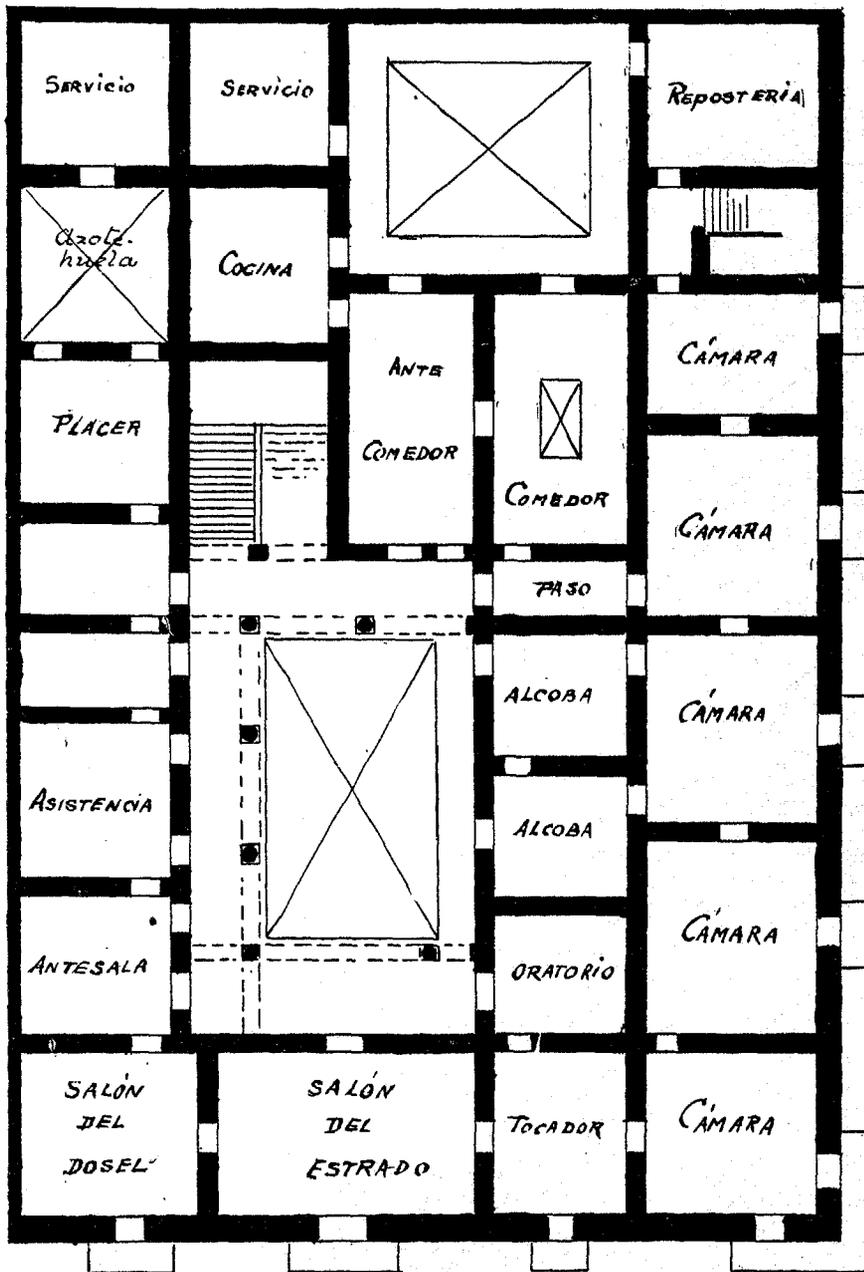
Lo que más escaseaba en la casa colonial eran las bibliotecas: uno que otro tomo de asunto místico, las Obras de Sor María de Agreda, y cuando más «Don Quijote de la Mancha,» o el «Pasatiempo,» de Rivadeneira, eran en general las obras que leían nuestros abuelos. Cuando deseaban alguna otra, acudían a las magníficas bibliotecas de los conventos.

* * *

Las recámaras y alcobas ostentaban, en primer término, una cama de postes tallados o dorados, con colgaduras de damasco; o bien de madera

¹ «Inventario de los bienes de la Sra. Da. Gertrudis de Rivascacho, Condesa de Xala. Año de 1786.» Ms. en mi poder.

CASA del CONDE de HERAS Soto



pintada de verde o rojo y con paisajes, llamadas «de cabecera;» un baldquín con su crucifijo; una pila de plata o loza talavereña para agua bendita; roperos de caoba, cedro o «chinescos;» lavamanos; y varias sillas o taburetes, sin olvidar los lienzos y láminas de santos.

* * *

Junto a la recámara principal de la casa hallábase el tocador, puesto generalmente con lujo. El tocador de la Condesa de Regla estaba tapizado «de damasco de China amarillo con su gotera, formada de galón de plata,» y de la misma tela eran las cortinas que colgaban de galerías de madera tallada y dorada. Como muebles tenía un «tocador con gabetas, mesa, luna, y el marco de ésta con su tarja, todo de plata cincelada, y en medio de la tarja o penacho, cinceladas y pintadas las armas de la señora Condesa;» una papelera de caoba fina; una espineta o pequeño clavicordio, y nueve escabeles de nogal, forrados de damasco amarillo. Pendían de las paredes cuatro pantallas y un gran espejo con marcos de plata cincelada, y del techo un candil de lo mismo.

* * *

Lo menos lujoso de la casa colonial era el comedor, siendo por lo general sumamente sencillos sus estantes, mesa y taburetes; pero compensábalo la esplendidez de la vajilla, casi siempre de plata, pues la loza de China era tan costosa que solamente la poseían muy contadas personas, usándola las más humildes, de Puebla. Lo principal de un servicio de mesa de aquellos tiempos era el *Ramilletero*, o «centro de mesa,» como decimos ahora. El del Conde de Regla, de plata cincelada, pesaba más de 900 marcos, había costado \$12,000, y era tan grande, que para guardarlo desarmado necesitábanse cuatro baúles. Había algunos muy curiosos. Leemos en la *Gaceta de México*, correspondiente a febrero de 1793, lo siguiente: «Se vende un Ramilletero curioso con cinco fuentes que corren medio día, con variedad de flores, cristales y otras curiosidades.»

* * *

Ya que hemos hecho mención de los tibores de la casa del Conde de Regla, y de las vajillas de China, conviene decir algunas palabras acerca

de la loza de esta clase que venía a México, aunque, en honor de la verdad, nunca alcanzó en los tiempos coloniales la importancia que hoy tiene; pues, con excepción de uno que otro tabor de gran tamaño, que se colocaba en un salón, solían relegarse estas porcelanas al corredor para macetas, o a la despensa para guardar especias. A esto último se debe que aún hoy se encuentren tabores con tapas de hierro, para poder cerrarse con llave.

Como es sabido, no existen ejemplares de porcelana china anteriores al año de 960, y los que se hicieron durante las dinastías Sung y Ming, es decir, hasta el año de 1643, son tan raros que puede afirmarse que no los hay en México. Las porcelanas que vinieron en las «Naos de China» durante el coloniaje pertenecieron casi todas a la gran dinastía Ch'ing, que tuvo su principio en el año 1644.

La industria de la porcelana en China alcanzó su mayor esplendor bajo el reinado de K'angshi (1662-1722) en cuanto a belleza de colorido y concepción artística; y bajo el de Ch'ien-lung (1736-1795), en cuanto a ejecución técnica. Bajo el reinado intermedio de Yung-Chêng, es decir, de 1723 a 1735, dejóse sentir la influencia europea, debido al comercio que se estableció con Holanda y a las misiones de los jesuitas; llegaron a imitarse hasta los esmaltes de Limoges y los grabados europeos. En esta época los adornos de flores alcanzaron su mayor apogeo, y fabricáronse las vajillas que algunos nobles de Nueva España encargaron expresamente, con sus escudos de armas respectivos. De estas fueron las más hermosas las de las familias Cervantes y Condes de la Cortina y Agreda: componíanse de un sinnúmero de piezas no sólo para el servicio, sino hasta para el ornato de la mesa.

Prodújose durante este período toda clase de porcelanas, a las cuales se pusieron las marcas de los más antiguos reinados, especialmente los de Hsuan-te (1426-1435) y Ch'eng-hua (1465-1487), de manera que debe tenerse presente que tales marcas no garantizan tan grande antigüedad, por la sencilla razón de que no son auténticas, sino que acusan una fecha posterior al año de 1662.

Durante el reinado de K'angshi, prohibióse que los textos sagrados se pusieran en la porcelana, para evitar su profanación en caso de rotura, y por lo tanto quedaron vacíos los dobles círculos azules, en los que debían haberse pintado.

Los tabores chinos que se encuentran en México varían de tamaño desde 1 metro, 18 centímetros hasta 10 o 12 centímetros. A los mayores ha dado en decirseles «del núm. 1;» a los de 75 a 80 centímetros, «del núm. 2;» «del núm. 3» a los de 50 o 55 centímetros; y «del núm. 4» a los de 35 o 40 centímetros. Rara vez se encuentran en pares, y más rara aún, con tapas. Las de los tabores num. 1, tenían en su cúspide la figu-

ra de un león sentado, pero todos estos fueron destruídos durante la Guerra de Independencia por los ignorantes, quienes se imaginaban que querían representar al león real del escudo de España!

Las tapas de los demás tибores tenían perillas, a excepción de unos pequeños, casi redondos, en que se envasaban frutas en conserva o gengibre, los cuales las tenían redondas y sin relieve alguno; pero éstas ya no se encuentran.

Los frascos cuadrados o botellas en que se envasaban licores, hállanse generalmente rotos de sus cuellos, porque al abrirse se rompían fácilmente.

Además de jarrones y tazas, llegaban a México variadas piezas de porcelana china: Buddas sonrientes, pequeñas figuras de hombres y animales. De éstos los que más abundan son los leones sobre pedestal de porcelana blanca de Fouchien; tienen generalmente una cinta en la boca y apoyan una mano sobre una bola. Detrás hay un tubo para prender en él un palillo de incienso.¹

Los tибores y tazas más hermosos son, quizá, los azul cobalto, cuyos adornos en oro se hallan casi siempre muy borrados; los de fondo negro con adornos verdes, y los de fondo blanco con figuras de gallos.

Además de loza china, llegaba a México japonesa y persa. Los tибores japoneses nunca alcanzaron la belleza de los chinos; y los persas, que se distinguen por su grande esbeltez, afectan a veces la forma octagonal.

El tiempo y el descuido han acabado con un gran número de estas hermosas porcelanas, hoy tan estimadas y, sobre todo, tan imitadas.

* * *

La cocina colonial nada ofrecía de particular, siendo sus trastos y bracerío idénticos a los que hasta hoy se usan en muchas casas mexicanas; y la *repostería* respondía a nuestras modernas despensas, guardarropas y bodegas, todo en uno; allí se hacían los dulces y se guardaba desde el chocolate hasta los muebles rotos.

Cerca de la cocina o del comedor solía haber un pasillo en donde se colocaban las clásicas «destiladeras», cuyas «tinajas» ostentaban a veces las armas de la casa, como las del Marqués de Ulupa; y colgadas en la pared, varias bandejas, que por ser generalmente de laca, llamáronse «acharoladas» o «charolas»; y las bateas de madera, artísticamente pintadas, hechas en Michoacán, que se utilizaban cada año para hacer la «ensalada de Nochebuena.»

1.—*Monkhouse, Cosmo.*—A History and description of Chinese Porcelain. London, Cassell and Company, MCMI.

* * *

El cuarto del baño, o *placer*, distinguíase por su tina de Talavera de Puebla, o, en más modestos casos, por su «pila» de ladrillos o azulejos. Surtíase de agua caliente por medio de una cañería o tubo a manera de embudo, que atravesaba la pared a la estancia contigua, en algunos casos la cocina, en donde se echaba agua calentada en un caldero.

La boca de la cañería solía adornarse: En la casa del Conde de Xala había «una figura del Diablo de bronce para la pila, con sus chiflones de plomo;» y en un corredor contiguo «una Tronera con Brocal de madera por donde con el gobierno de una garrucha de fierro se subía agua limpia.»¹

Destinada la planta baja, como hemos dicho, a la servidumbre y bodegas, lo único que nos presenta algún interés es la cochera, por los objetos que contenía. Allí guardábanse las sillas de mano, las de montar y los carruajes. De las primeras había muchas y muy lujosas, por fuera doradas y adornadas con nácar, carey y concha, o pintadas con figuras y paisajes, y forradas por dentro con damascos y velludos; distinguiéndose las segundas por sus bordados y labores de plata que en todos tiempos han exornado las sillas mexicanas.

Las carrozas alcanzaron su mayor lujo en el siglo XVIII, habiendo introducido en España las de vidrieras el Duque de Medina de las Torres, durante el reinado de Carlos II, y en México, el Marqués de las Amarillas en 1756.

En la cochera del Conde de Regla había las siguientes:

«Una estufa de gala, forrada por dentro de terciopelo carmesí, y guarnición de plata, colgadura blanca de seda, y por fuera tallada y dorada, con dos castillejos, tres vidrios castellanos, y sus remates labrados.»

«Un cupé dorado con seis remates, vestido por dentro de paño encarnado, guarnecido con fleco de seda blanca, tres vidrios castellanos, el juego todo encarnado.»

«Un forlón de gala, forrado de terciopelo carmesí, guarnecido de oro por dentro, dorado por fuera, con ocho remates.»

¹ Inventario citado.

* * *

Hemos recorrido ya a grandes rasgos la casa colonial. ¡Cuán distinto era su aspecto del que hoy presenta! Carcomida por el tiempo y mutilada por la mano del vándalo, parece vivir una vejez llena de cicatrices, olvidada en apartados rincones de la metrópoli. ¡Zurcan su faz las lágrimas de las cosas!

Quisimos dedicaros un recuerdo, palacios de *tezontle* y azulejos; mas ya que nuestras pobres palabras no pudieron hacer justicia a vuestra pasada grandeza, seguid añorando aquel tiempo pretérito en que fuisteis gloria de la muy noble, muy leal e imperial Ciudad de México!

